

arrebatada a la rapaza Europa, y le agita despectivamente en las narices una fruta que es sólo suya, totalmente suya, el chicozapote”.

La incapacidad del europeo para encontrar una serie de categorías con las cuales entender las características peculiares de América se hace patente en la filosofía de Hegel. América es un cuarto Continente que no encaja en sus tríadas dialécticas, y como según su propia filosofía todo lo real es racional y todo lo racional es real, aquel elemento humano o natural que queda fuera de la razón dialéctica es “impotente”. Lo irracional es absurdo, es una aberración. Y si, justo, América desentona en lo natural y en lo humano dentro del sistema dialéctico, América misma es absurda y aberrante. Es apenas una mera posibilidad de la cual no pueden hablar ni el historiador ni el filósofo.

Por su parte, el barón Alejandro de Humboldt, con toda la autoridad que le daba su gran capacidad de intelectual y su conocimiento directo de las más importantes regiones del mundo, se encarga de desenmascarar el prejuicio europeo, y deplora que pensadores tan importantes “consideran bárbaro todo estado del hombre que se aleja del tipo de cultura que ellos se han elaborado de acuerdo con sus ideas sistemáticas. Nosotros —añadía—, no podemos admitir esas tajantes distinciones entre naciones bárbaras y naciones civilizadas”. Para Humboldt la filosofía de Hegel es un “esquematismo más rígido que el que impuso la Edad Media a la humanidad”, una filosofía de la naturaleza “sin conocimientos y sin experiencias” y que por ello se resuelve en las “regocijadas y breves saturnales de una ciencia de la naturaleza meramente ideal”, en un chistosísimo “baile de máscaras de filósofos enloquecidos”. Ante la necesidad de afirmar su propia dignidad y su propia humanidad frente a la calumnia europea que no era meramente teórica, sino cuyas consecuencias prácticas se manifestaban en la explotación colonial, ex-

plotación tan rigurosa y tan cruel que trataba a los hombres americanos como cosas, ellos mismos van adquiriendo poco a poco conciencia de su originalidad. Conciencia de que, aunque creaciones de Europa, las culturas americanas son distintas, en la medida en que reclaman para sí las mismas dignidades que la cultura madre proporciona a los europeos.

El libro de Gerbi es la historia de una disputa que aún no ha terminado, pues ahora resulta que no sólo los hombres americanos, sino también los habitantes de todos los países “subdesarrollados”, “marginados”, se encuentran enzarzados en violenta disputa contra naciones que quieren repetir actitudes como las que Gerbi narra en su obra. Todavía los pueblos débiles tratan de conservarse frente a imposiciones de tipo material y cultural que no respetan su dignidad.

ABELARDO VILLEGAS

*Ortega y su filosofía*, por Manuel Granell. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1960.

Bajo el rubro bibliográfico de *Ortega y su filosofía* nos presenta el destacado escritor español Manuel Granell un conjunto de varios artículos que no guardan más conexión que la referencia a José Ortega y Gasset, referencia que se efectúa ciertamente con certero tacto y sobre todo con una devoción extraordinaria hacia el relevante filósofo desaparecido. En la nota preliminar de la obra se expone esta característica, al decir que: “Éstas páginas no han sido escritas con la intención de agruparlas ordenadamente en un libro. Muy al contrario, fueron naciendo despaciosamente, unas veces al estímulo de la lectura, otras al aldabonazo de la ocasión, siempre al hilo sutil de las preocupaciones del momento. Cada trabajo seleccionado se abre y se cierra en sí

mismo con plena independencia de los demás. Varían sus enfoques, sus temas e intenciones; también son diversos los niveles de mentalidad y de saber presupuestos para su lectura, e incluso la emoción vitalizadora que en todo decir se estremece. Y no obstante, por la fuerza misma de la temática común —Ortega y su pensamiento filosófico—, se observará en ellos cierto postulado de unidad que aconseja colocarlos en determinado orden, por mucho que a veces pueda parecer forzado o bien adolezca de reiteraciones y esfumatos”.

Esta declaración del autor nos releva automáticamente de intentar cualquier exposición global de la obra, quedándonos el trabajo de rehilar las ideas que expone Granell en cada uno de sus ensayos, con un carácter periodístico la mayoría de ellos y que en conjunto no son la obra más representativa del autor ni tampoco la más autorizada interpretación que se haya escrito sobre Ortega y Gasset. Justifiquemos la publicación por el crédito que ha obtenido su autor en otros trabajos de mayor envergadura, como su *Lógica*, o *El humanismo como responsabilidad*, así como por la significación de Ortega, intereses ambos que hacen de este libro un elemento deseable en la biblioteca especializada. La presentación de las ideas resulta accesible a la lectura del momento, correspondiendo en circunstancialidad a la redacción misma de los artículos. Es una obra de recopilación, útil para quien desee llegar por el camino más fácil a algunas de las ideas fundamentales de la doctrina orteguiana.

Desde luego, se advierte por todas partes el tenor de un ditirambo encendido, no solamente por una pasión hispánica ni por la más significativa cofradía filosófica, sino específicamente por un amor personal que suponemos incubado al calor de la relación entre el maestro y el alumno; de tal suerte se explican las expresiones que enaltecen la tónica elegíaca a niveles de insólita grandilocuencia, como si se tratara del

supremo filósofo contemporáneo. Es de suponer existente una estrecha afinidad connacional que lleva a Granell a sentir la filosofía sobre la misma pauta que Ortega y a interpretarla con símil problemática y parejo método. En realidad así ha acontecido en la escuela filosófica española contemporánea, que reconoce casi con unanimidad a Ortega como insuperable adalid. En la lectura de estas páginas es advierte la motivación, no tanto objetiva como subjetiva, producto de un temperamento afín, más que de una comunidad ideológica. Nos explica también la influencia que ejerció Ortega en sus contemporáneos, bajo la referida proporción de maestro a discípulo y, a no dudarlo, las excelencias de una forma expresiva que elevó el castellano a sus mayores dignidades académicas, tal vez —como es nuestro juicio personal— con detrimento del pensamiento lógico. Pero no se trata de enjuiciar por el momento a Ortega sino de hacer un breve señalamiento de estas páginas, tan elocuentes en el verbo como dispersas en el pensamiento, y que nos ha obsequiado Granell en la serie de ensayos de que informamos ahora. La agrupación en tres capítulos es casi un pretexto para no presentar el índice sin ninguna subdivisión, como nosotros hubiéramos creído más viable, dada la naturaleza de la obra. Dichos capítulos son los siguientes:

- I. *El hombre desde su muerte*
- II. *Las circunstancias*
- III. *El pensamiento*

En el Capítulo Primero se contienen cinco breves ensayos en relación a la muerte de Ortega, notas obituarías, elegías o necrologías, en las que se toma alguna motivación de su doctrina sin que llegue a ser esencial, ni mucho menos desvueltta con el orden que requeriría una exposición de mayor profundidad. Por el tema que tocan y también la extensión que se les dedica, los dos artículos del Capítulo Segundo, *Or-*

*tega y Gasset en su circunstancia, La escuela de Madrid*, nos llevan más próximamente a la semblanza del filósofo, sobre todo el primero, que dedica unas veinte páginas a la exposición sucinta de sus ideas. El Capítulo Tercero contiene otros cuatro ensayos que también se refieren ocasionalmente a las ideas de Ortega; podríamos decir que son una especie de ensayo sobre el ensayo, perspectiva en torno a la perspectiva, circunstancialidad referida a una filosofía circunstancial.

Y puesto que hemos esbozado el perfil de esta obra, réstanos por efectuar un breve apunte de los distintos capítulos que lo componen, con alguna síntesis de lo que nos ha parecido más relevante en el contenido de cada artículo.

I. El hombre, desde su muerte. *Hoy ha muerto un filósofo*. Se trata de una nota periodística de unas cuatro cuartillas, donde Granell refrenda su valoración de Ortega como un filósofo revolucionario en su propio idioma, adaptado por excelencia al castellano con destino a una mentalidad española y probablemente hispanoamericana. "Una filosofía escrita y sentida en castellano", ha dicho textualmente, concluyendo en el conocido retoricismo del tránsito: "No; no es un simple hombre quien ha muerto. Quien hoy ha pasado de veras al otro lado del misterio era un filósofo, un guía de la Humanidad. De sentirlo así en cuantos hablamos castellano debe haber un hondo desgarramiento interior. Un cercano día del mañana —estoy profetizando— lo sabrán muy bien todos, hasta los ciegos. El hombre que hoy ha muerto ha hecho mucho más que cumplir con el común deber del ciudadano. Ha realizado una gesta casi imposible; toda una revolución en la filosofía". Es de suponer que tan exaltado apasionamiento estuvo promovido por el dolor que produjo a Granell la desaparición de su querido maestro y en tales circunstancias es de comprender, y

seguramente de disculpar, una afirmación tan aventurada como la suya: "Ha realizado... toda una revolución en la filosofía".

*Ortega en una anécdota*. Relato intrascendente, aunque lleno de color, donde nos refiere un acontecimiento en la vida del maestro, con un alarde literario que muestra cómo el fervor de un discípulo puede elevar un acto incidental a la categoría de anécdota.

*La enseñanza de Ortega*. También en ocasión de su deceso, Granell hace un intento de sintetizar determinada parte del pensamiento orteguiano en un proceso que consistiría primero en seducir y atraer, para después inquietar y empujar a la íntima reducción del problema. Se trata de una nueva versión del antiguo *eros* socrático, que supone el amor y el entusiasmo como base del interés para filosofar, lo cual, por lo demás, está refrendado por la pedagogía moderna.

*Ortega o la muerte incompleta*. Una meditación impersonal sobre la muerte, bajo la recordación de Ortega en el primer aniversario de su fallecimiento. El título indica la supervivencia del pensamiento, de donde la inconclusión de su muerte.

*La vigilia de Ortega*. Con el mismo propósito del artículo anterior, esta conmemoración nos refiere el sentido de la vitalidad orteguiana, no sólo en su doctrina sino también en su personalidad. La clásica circunstancia le llevó de la mano en todo su pensamiento a la vigilia, un estar despierto continuamente frente al mundo exterior para captar la circunstancialidad del ambiente.

II. La circunstancia. *Ortega y Gasset en su circunstancia*. Consta de tres partes; en la primera se repite la clásica expresión del circunstancialismo, mientras que la segunda ofrece un tema diverso: *Debussy y la deshumanización del arte*. Aquí se muestra, pese a la investidura de sapiencia con que hace encubrir Granell todo el pensamiento orteguiano, la indocumentación del llo-

rado filósofo español en materia estética, lo cual se advierte desde las dos primeras conclusiones que expone el propio Granell al comienzo de su ensayo: "a) Ortega pensó que Debussy nunca sería reconocido como un gran músico; b) Ortega creyó que ya no se haría otro arte que el deshumanizador". Los argumentos sobre la deshumanización del arte, que es uno de sus ensayos más representativos, quedan fuera de sitio en este comentario, pero basta como ejemplo alguna cita, como decir que "el arte es contemplación... y supone una distancia entre el que ve y lo que se ve". He ahí la técnica que, según Ortega, caracteriza al arte de nuestro tiempo: "Era forzoso extirpar de la música los sentimientos privados, purificarla en una ejemplar objetivación. Ésta fue la hazaña de Debussy". Paralela a dicha deshumanización musical se da la misma peripecia en el lirismo. "Mallarmé fue aquí el libertador". La tercera parte es la aportación de Ortega y se plantea en esta inquietante interrogación: "¿Qué trajo Ortega al mundo hispano, aparte de lo ya reconocido por todos —o sea: su maravilloso estilo en el decir y pensar, su curiosidad universal por el más reciente estado de las ciencias, su íntima exigencia de seriedad teórica?" Manuel Granell sostiene que dicho aporte consistió en "una metafísica nueva"; no dice por el momento en qué consiste tal metafísica, pero previene sobre el valor de obras póstumas en las que promete nuevas y originales revelaciones de su pensamiento.

*La escuela de Madrid.* Pequeño ensayo a propósito del septuagésimo aniversario de Ortega. Fue preparado para el IV Congreso Interamericano de Filosofía y representa un homenaje evocador que posa la mirada en el ambiente intelectual que denomina *La escuela de Madrid*. Naturalmente, los nombres de Morente, Zubiri, Gaos y otros, acompañan al de Ortega para ambientar la descripción de un movimiento filosófico que ha tenido palpables consecuen-

cias en la filosofía contemporánea de habla española.

III. El pensamiento. *Teoría de la predicción histórica.* Uno de los problemas que atacó Ortega con mayor énfasis fue el de la filosofía de la historia, pertrechado del historicismo que servía de trasfondo a su marco vitalista. Para nadie es un secreto que el pensamiento de Dilthey y Spengler se agita detrás del orteguiano y que el propio Granell aprovecha esta circunstancia para introducir con magnífico estilo la doctrina orteguiana de la historia. Encontramos en ella la exaltación de lo singular, especialmente de la singularidad que corresponde por excelencia a la personalidad humana; es una exaltación del papel que juega el individuo en el decurso histórico, tendiendo a la suprema universalidad de la circunstancia vital con detrimento de los coeficientes mecanicistas que, en opinión de otros, son la causa eficiente y en cierto modo fatal de la historia.

Nos parece interpretar esta exposición observando el decurso histórico como una macrobiografía, como reiteración de las categorías vitales e individuales en el desenvolvimiento de los pueblos. Se trata del historiar como arte biográfico, como vida exaltada y siempre prístina en la evanescencia de la temporalidad vivida, de esa "duración real" de que nos habla Bergson, el capitoste de las doctrinas vitalistas en nuestro tiempo. La *razón vital* tiene su propia lógica que desenvuelve de acuerdo con las circunstancias, de tal suerte que analizadas éstas a un grado adecuado de penetración, es posible profetizar el futuro como una aplicación lógica de la razón vital. Es la conocida doctrina de la *futurición*, refrendo vitalista de la secular problemática de la filosofía de la historia que se encuentra ya en San Agustín.

*Velázquez o la realidad como perspectiva.* Es probablemente uno de los ensayos más interesantes, no sólo en lo que se refiere a la certera apreciación del autor, sino también por la perspec-

tiva con que enfoca el propio Ortega su perspectivismo en la perspectiva de Velázquez. Se trata, como puede suponerse, de convertir al inmortal pintor español en una especie de precursor orteguiano, por más exaltada que parezca esta perspectiva de Granell. El ensayo de Ortega nos parece bastante acertado, percibiendo la pasión que debió despertar en él, no sólo por un interés objetivo hacia la obra del pintor, sino por una especial afinidad en su temperamento. Todo lo que en torno a la música es divagación y desacierto en Ortega, se convierte aquí en mirada perspicaz y penetrante; la problemática de la pintura es desenvuelta a través de la consideración estética del espacio, que indica el sentido de la perspectiva. Armado con magnífica documentación histórica, Ortega desarrolla una teoría estética sobre Velázquez, en la que trasciende el tradicionalismo hispánico para advertir la clasicidad perenne de su obra pictórica y juzgarla en términos de dicha perennidad. Granell hace una certera selección de citas que engarza con entusiastas comentarios para llegar a una conclusión previsible en este juego de afinidades: “¿Asombrará ahora esta pasión orteguiana por Velázquez, que llevará al filósofo a escribir con humilde gesto unas notas prologales al descubrimiento del pintor? ¿No se comprende ya —y en su más profunda raíz— que el filósofo del perspectivismo ve en el autor de ese agudo tratado de metafísica, que es el lienzo ‘Las hilanderas’, un espíritu afín y casi precursor al suyo?”

*El sistema de Ortega.* Otro escrito conmemorativo de la muerte del filósofo, en donde defiende la existencia de un sistema en Ortega, cosa que se ha dudado intensamente en los círculos que defienden la posición científica de la filosofía. Comienza Granell indicando la conocida frase de Ortega: “La claridad es la cortesía del filósofo”, y

agrega que se desconoce esta otra: “El sistema es la honradez del pensador”. Naturalmente, éste es el preámbulo para desarrollar el tema a que nos hemos referido. Ahora bien, la decantada sistematicidad de Ortega es —según Granell— una filosofía construida desde abajo, “pues para Ortega no brota lo real de la razón pura sino al revés: en la realidad misma, en el complicado especificarse de lo real, debe ser buscada la razón esclarecedora. No hay razón absoluta y primera, sino *razón derivada de lo real* mediante ese sutil y cambiante invento utilizado por el hombre en su pensar. Instrumento que no está dado sin más, ni es formal, sino *materal*”. He aquí la génesis de la presunta sistematicidad orteguiana que en el fondo no es más que un neoheraclitismo que deberá completarse con la conocida teoría de la razón vital. El desarrollo de este artículo es decepcionante, ya que, contrariamente a lo prometido, no se demuestra el presunto sistema orteguiano y sólo se hacen observaciones esporádicas sobre el estilo ensayista a que estamos refiriéndonos. Creemos que difícilmente podría demostrarse la sistematicidad en un filósofo tan asistemático como Ortega, y si a pesar de todo debiera hablarse en él de un sistema, sería el sistema de la asistematicidad, porque fue sistemático en su negación de lo verdaderamente sistemático.

*Ortega y el trasfondo filosófico de la microfísica.* Se trata en este artículo de la relación incidental entre Ortega y la ciencia moderna, contemplada en su capítulo de moda que es la microfísica. Son meditaciones de tercera y cuarta mano, puesto que el filósofo no era, ni con mucho, hombre de ciencia, antes bien, lo sustancial de su pensamiento se riñe con el concepto de la ciencia. Ortega medita en plan de espectador, ajeno a las intimidades teóricas y técnicas de la ciencia, aventurando una semiepiistemología con ribetes de

ontología y humanismo, que desde luego no tiene ningún valor científico. Es una especie de sociología y psicología de la creación científica que lleva todo el sello de su brillante estilo. Dice, por ejemplo, refiriéndose a la física: "Sea o no conocimiento" (?). Y Granell mismo confiesa: "No soy físico, repito, No obstante, escribo para proponer a los físicos una meditación que yo no podría hacer plenamente ni aquí puedo intentar por completo —dada la urgencia y nerviosidad de estas cuartillas. Ahora bien; aunque escribo para físicos, de soslayo lo hago para filósofos. De ahí que sean estas cuartillas más amplias en su vertiente científica que en la filosófica. De todos modos, quede bien clara la pretensión. No se presenta tanto una tesis a mantener como una hipótesis de trabajo". A cualquier físico profesional le costaría muchísimo trabajo descubrir este contenido dedicado a los físicos, y sólo "de soslayo" a los "filósofos". El artículo continúa con algunos contactos sobre la física indeterminista de Heisenberg y tiene su rendimiento más meritorio en el debate de algunas categorías epistemológicas, principalmente en la crítica del formalismo kantiano. Debemos indicar que este artículo nos parece el más personal de Granell, donde ha dado más de su cosecha, y lo consideramos sumamente calificado en asuntos de lógica y ciencia natural; la referencia al Maestro le ha brindado una magnífica oportunidad de lucir su bien documentada erudición lógico-científica. Aunque tiene muy poco que ver con la microfísica, en la penúltima parte de este ensayo encontramos una exposición de filosofía de la historia, y el estudio culmina en un regreso a las citas que el autor elige para engranar las ilustraciones textuales de su exposición.

MIGUEL BUENO

*Los principios del arte*, por R. G. Collingwood (trad. de Horacio Flores Sánchez). Fondo de Cultura Económica, México, 1960.

Para quienes albergan entre sus inquietudes filosóficas la preocupación estética, era una noticia importante saber que apareció una traducción castellana del libro de R. G. Collingwood intitulada *Los principios del arte*. Collingwood se ha hecho acreditar como un tratadista con inclinación preferente a las cuestiones estéticas y este libro constituye su obra más representativa.

Para quienes esperábamos un tratado sistemático de estética, la obra fue una completa decepción, pues no se trata de ningún trabajo concebido estructuralmente conforme a la problemática del arte, sino de ensayos que obedecen a la inquietud personal del autor frente a una serie de temas que están relacionados con el arte, pero no corresponden estrictamente a la estética sino a una serie de disciplinas como la antropología, la sociología, la psicología y la historia, que guardan estrecha relación con el problema artístico, sin pertenecer a la estética propiamente dicha. La presentación de su temática es totalmente anárquica y los capítulos que figuran al principio también podrían estar al final, y viceversa; un completo cambio en el orden de los temas no alteraría el efecto de su lectura, y para comprobarlo nada mejor que referir el índice de la obra:

I. *Prefacio. Introducción*. 1. Las dos condiciones de una teoría estética. 2. Estéticos artistas y estéticos filosóficos. 3. La situación presente. 4. Historia de la palabra arte. 5. Antigüedad sistemática. 6. Plan del libro primero.

*Libro primero: ARTE Y NO ARTE*

II. *Arte y artesanía*. 1. El significado de la artesanía. 2. La teoría técnica del arte. 3. El derrumbe de la teoría. 4. La técnica. 5. El arte como un estímulo